

Una Consigna: Esto sí Dura

por Sebastián Salazar Bondy

Hace algunos días, la columna política de nuestro diario recogió una frase que parece circular con insistencia entre las gentes que se beneficiaron durante la dictadura de Odría y que hoy, incómodos y mortificados con la Democracia, aspiran a volver a reducir al país al tiránico sistema depuesto. "Esto no dura", se dice que dicen. Por cierto que, en principio, se trata de la amarga sentencia de quienes son víctimas de un resentimiento, pero no hay que olvidar que los individuos envenenados por el rencor o el miedo a la sanción siempre se encontrarán dispuestos a participar en cualquier algarada que amenace la estabilidad civil de que hoy gozamos. Vivir en paz es, según una antigua providencia, vivir alerta, y la ciudadanía debe, sin violencia ni odio, mantenerse en guardia contra aquellos que, como emanación de su mezquindad moral, pueden alentar la absurda idea de intentar un golpe. Un golpe, en verdad, que sería no sólo contra el Estado, sino contra el pueblo y la historia.

Las últimas jornadas cívicas, las que culminaron con el establecimiento, en julio pasado, de un gobierno legal, no han sido fruto de una momentánea fiebre, de un entusiasmo pasajero. Multitudinariamente, el país se pronunció en desacuerdo con los métodos de la imposición arbitraria y desarmó, en todo lo que pudo, los planes de continuismo, primero, y caos, después, que concibió el grupo que hasta mediados de este año detentó el poder. El proceso electoral fue, en esencia, una acción popular, y tan enérgica se expresó la voluntad nacional, en la calle y en las urnas, que ese impulso debe atribuirse a la maduración, durante los ocho años oscuros que lo precedieron, de una decisión consciente de impedir por todos los medios que subsistiera el imperio de uno cuantos sobre los propósitos de todos. Resultado de la consolidación de un espíritu cívico que, aherrojado y enmudecido, se preparó para emprender una batalla por su destino, la Democracia la tenemos porque la quisimos y porque la queremos para siempre. No les será fácil, pues, a los conspiradores, si los hay, quebrar esta vocación de libertad y progreso fecundada y desarrollada en el alma misma de la nación real.

A los que dicen que "esto no dura" hay que hacerles varias advertencias. Ante todo, es indispensable llamarles la atención sobre las consecuencias que puede tener cualquier locura golpista ahora que la ciudadanía está con la chispa encendida. El pueblo se halla presto a salir a la calle y defender ahí, con las escasas armas que tiene a la mano, su deseo de vivir en el uso pleno de sus derechos. Y los cañones no apuntarán, sin que los

que los manejen tiemblen, a la multitud que reclame lo que le corresponde. Luego, es necesario decirles que por esta vez el pueblo ha vuelto a optar por el camino lícito, por el del voto, para desplazar a los absolutistas que lo dominaban y amordazaban, pero que en la próxima ocasión, su enojo, su justa ira, su ánimo exaltado por la traición, pueden llevarlo a cometer toda clase de venganzas. Vecino tenemos el ejemplo de cómo actúa un pueblo cuando el desenfreno justiciero se apodera de él. Por último, es oportuno hacerles ver que no se puede, por patriotismo, estar contra la historia. Hace bastante más de cien años que los fundadores de nuestra independencia política decidieron que fuera la Democracia el sistema dentro del cual el Perú alcanzara su destino, y sólo ahora, vacilando, comenzamos a cumplir esa voluntad. Una frustración más no será, en todo caso, sino una postergación más.

Únicamente siendo ciego se puede negar que en la actualidad funcionan en el Perú las instituciones democráticas. Habitarse a ellas requerirá aún algunas experiencias, que los malintencionados interpretarán seguramente como formas de la anarquía. Porque, tras los años que hemos vivido de inmediato y también antes, una y otra vez, cuando no bien el juego de la controversia entró en su prolífico hervor, la espada fue desenvainada para avasallar la verdad cívica que apuntaba por entre las discrepancias. Ese prurito mesiánico, auténtico o mentido, ha constituido en el transcurso de nuestra existencia el factor más negativo que pudiera darse para con el proyecto ideal de la política peruana. Dejar que se expresen los extremos, permitir que de todas las bocas, a través de sus órganos propios de expresión, surjan las afirmaciones y las refutaciones, es facilitar la convivencia y hacer responsables a gobernantes y gobernados, sean éstos partidarios u opositores de quien ejerce el mando, de la marcha nacional. Asumir el papel de ordenador cuando el orden no es ficticio, cuando el orden se da, precisamente, porque cada cual está en su sitio, es arrebatar el derecho a quien lo tiene y hacer regir, en vez de él, el capricho y su cauda de abusos y crímenes.

Para contrarrestar la influencia de esa frase escéptica e interesada, cada ciudadano debe repetirse y repetir la inversa: "Esto sí dura". Porque hacer durar esto, es decir, la Democracia, no es ser gobiernista —el que esto escribe no fue, no es y no será jamás pradista—, sino simple y llanamente afirmar, en la propia conciencia y en la conciencia colectiva, la consigna de ser libres, que se puede traducir en la de generosos, ser dignos, y ser felices.